

## CAPITULO XXXIV

## La marcha.

Así que el rey salió de la habitación de la reina, se vió cercado de todos los oficiales y demás individuos de la servidumbre designados por él para acompañarle en su viage á París.

Entre ellos se encontraban Mrs, de Beauveau, de Villeroy, de Neslé y d'Estaing.

Gilberto estaba confundido entre toda la servidumbre.

Se notaba que toda aquella gente se hallaba dudosa, no pudiendo creer la insistencia del rey en su decision.

— Marchamos despues de almorzar, señores, dijo el rey.

Despues, viendo á Gilberto añadió :

— ¿ Vos aquí, doctor? Me alegro, vendreis conmigo.

— Estoy á vuestras órdenes, señor.

El rey entró en su gabinete, donde trabajó dos horas ; y á las nueve se sentó á la mesa con toda su servidumbre, en la cual se observó todo el ceremonial acostumbrado. Solo la reina á quien se veía despues del almuerzo llorosa y demudada, no tomó parte en el banquete y asistió á él con el único objeto de estar mas tiempo delante del rey.

María Antonieta habia llevado á sus dos niños que demudados y tristes por los consejos quizá de su madre, paseaban su vista inquieta del rostro de su padre al de los oficiales y guardias. Se esforzaban además de vez en cuando, por orden tambien de su madre, en dejar correr una lágrima por sus megillas, cuyo espectáculo reanimaba la cólera de los unos, el temor de los otros y el dolor profundo de todos.

El rey continuó estóicamente, habló muchas veces á Gilberto sin mirarle, y á la reina constantemente y siempre con afeccion profunda.

Al terminarse el desayuno vinieron á anunciar que una

columna cerrada de infantes que venia de París, aparecia á la extremidad de la gran calle de árboles que desemboca en la plaza de armas.

Al instante todos los oficiales y guardias se lanzaron fuera del salon. El rey levantó la cabeza y miró á Gilberto ; pero viendo que éste se sonreia, volvió á comer tranquilamente.

La reina palideció y suplicó á Mr. de Beauvau saliera á informarse.

Este salió precipitadamente y la reina se abalanzó á una ventana.

A los cinco minutos volvió á entrar Mr. de Beauvau.

— Señor, dijo al entrar, son guardias nacionales de París que sabiendo desde ayer tarde el designio que V. M. tenia de ir á ver los parisienses, se han reunido en número de diez mil con objeto de salir á aguardar á V. M. y acompañarle ; mas viendo que tarda V. M., han venido hasta Versailles.

— ¿ Cuáles son sus intenciones al parecer? preguntó el rey.

— Las mas sanas del mundo, contestó M. de Beauvau.

— No importa, dijo la reina. Cerrad las verjas.

— Guardaos de semejante cosa, dijo el rey. Es demasiado que las puertas de palacio permanezcan cerradas.

La reina frunció el entrecejo y lanzó una mirada sobre Gilberto.

Este aguardaba aquella mirada de la reina, porque se habia cumplido ya la mitad de su preliccion : habia prometido la llegada de veinte mil hombres y ya lo habian efectuado diez mil.

El rey se volvió hácia M. de Beauvau y le dijo.

— Hacedme el favor de mandar que den de refrescar á esos valientes.

Mr. de Beauvau bajó segunda vez y trasmitió á los sumilleres las órdenes del rey y volvió á subir.

— ¿ Qué hay ? le preguntó el rey.

— Señor, vuestros parisienses están en gran discusión con los caballeros guardias.

— ¿Cómo? dijo el rey, ¿hay discusión?

— ¡Oh! de pura galantería. Como han oído que el rey sale á las dos, quieren aguardar su salida para marchar detrás de su carruaje.

— Pero, repuso á su vez la reina, ¿son de infantería según creo?

— Si, señora.

— ¡Bueno! pero el rey tiene caballos para su carruaje y camina de prisa. Ya sabéis, señor de Beauvau, que el rey tiene costumbre de caminar muy lijero.

Con estas palabras que acentuó la reina quiso decir:

— Haced que S. M. vaya volando.

El rey cortó la conversacion diciendo:

— Iré al paso.

La reina lanzó un suspiro que parecia mas bien un grito de cólera.

— No es justo, añadió tranquilamente Luis XVI, que yo haga correr á esas buenas gentes, que se han comprometido á acompañarme. Iré despacio, y tan despacio que todo el mundo podrá seguirme.

La reunion manifestó su asombro por un murmullo de aprobacion; pero al mismo tiempo se vió en muchos rostros el reflejo de la desaprobacion que se manifestaba claramente en el de la reina por tanta bondad de alma, que ella calificaba de debilidad.

De pronto se abrió una ventana y la reina se volvió admirada. Era Gilberto que, en uso de su derecho de médico, la abria con objeto de renovar el aire del comedor cargado con el olor de los manjares y la respiracion de mas de cien personas.

El doctor se colocó tras las cortinas de aquella ventana, por la cual penetraron las voces de la multitud reunida en el patio.

— ¿Qué es eso? preguntó el rey.

— Señor, respondió Gilberto, son los guardias nacionales que están en el patio al sol y que deben tener buen calor.

— ¿Por qué no se les convida á almorzar con el rey?

dijo á la reina por lo bajo uno de sus oficiales favoritos.  
— Será menester llevarlos á la sombra, introducirlos en el patio de mármol, bajo los vestibulos, por todas partes donde haya algo de fresco, dijo el rey.

— ¡Diez mil hombres en los vestibulos! exclamó la reina.

— Repartidos por todas partes cabrán fácilmente, contestó el rey.

— ¡Repartidos por todas partes! dijo María Antonieta. Señor, vais á enseñarles el camino de vuestra cámara.

Profecía dictada por el miedo, que debia verificarse en Versalles antes de tres meses.

— Hay muchos niños con ellos, señora, dijo Gilberto con dulzara.

— ¿Niños? dijo la reina.

— Si, señora, muchos han traído á sus hijos como si hubieran ido á un paseo. Los niños están vestidos de guardias nacionales; tanto es el entusiasmo por la nueva institucion.

La reina abrió la boca, pero al momento bajó la cabeza. Tuvo deseos de pronunciar una palabra de bondad; pero el orgullo y el odio habian detenido sus labios.

Gilberto la miró atentamente.

— ¡Pobres chicos! exclamó el rey. Cuando uno lleva consigo niños, no se tiene intencion de hacer mal á un padre de familia; razon mas para conducirlos á la sombra. Hacedlos entrar.

Gilberto entónces, sacudiendo dulcemente la cabeza, pareció decir á la reina que habia guardado silencio:

— Hé ahí, señora, hé ahí lo que debiera haber hecho V. M., puesto que se os presentaba la ocasion. Vuestras palabras hubieran sido repetidas y hubiérais ganado dos años de popularidad.

La reina comprendió aquel lenguaje mudo de Gilberto, y el rubor subió á su frente. Conoció su falta y se excusó de ella por un sentimiento de orgullo y de resistencia que devolvió á Gilberto como respuesta. Durante este tiempo, Mr. de Beauvau desempeñó cerca de los nacionales la comision del rey.

Entónces se oyeron los gritos de alegría y las bendiciones de aquella multitud armada, admitida, segun las órdenes del rey, en lo interior del palacio.

Las aclamaciones y los vivas llegaron á los oídos de los dos esposos, quienes al oírlas se tranquilizaron acerca de la disposicion de aquel París tan temido.

— Señor, dijo Mr. de Beauvau, ¿qué orden señala V. M. á su acompañamiento?

— ¿Y esa discusion de la guardia nacional con mis oficiales?

— Señor, está terminada completamente, pues los guardias nacionales son tan dichosos que dicen ahora que irán donde quiera colocárseles. El rey está tan bien con nosotros como con los demas: por donde quiera que vaya irá con nosotros.

El rey miró á María Antonieta, cuyos labios se contrajeron con una sonrisa irónica y desdenosa.

— Decid á los guardias nacionales, dijo Luis XVI, que se coloquen donde quieran.

— V. M., dijo la reina, no olvidará que los guardias de corps tienen el derecho indisputable de rodear vuestro carruage.

Los oficiales, viendo al rey indeciso, se acercaron para apoyar á la reina.

— Es justo, dijo el rey, bien; ya verémos.

Mr. de Beauvau y Mr. de Villeroy marcharon á ocupar sus puestos y á dar las órdenes.

— Sonaban las diez en el reloj de Versalles.

— Vamos, dijo el rey levantándose; trabajaré mañana. No deben esperar esas buenas gentes.

María Antonieta abrió sus brazos y recibió en ellos al rey. Los niños se colgaron llorando del cuello de su padre. Conmovidó Luis XVI trató de sustraerse dulcemente á sus caricias: quería ocultar la emocion, que despues se hubiera desbordado.

La reina paraba á todos los oficiales cogiendo á los unos por el brazo y á los otros por la espada.

— Caballeros, caballeros, les decia.

Y aquella elocuente exclamacion les recomendaba al rey que acababa de bajar.

Todos pusieron la mano sobre su corazon y sobre el puño de su espada.

La reina les daba las gracias por medio de una sonrisa. Gilberto se quedaba entre los últimos.

— Caballero, le dijo la reina, vos que aconsejásteis al rey este viaje, y que fuisteis quien le decidió á pesar de mis súplicas, tened en cuenta la grave responsabilidad que habeis contraído para con la esposa y para con la madre.

— La conozco, señora, respondió friamente Gilberto.

— ¿Y me volvereis sano y salvo al rey? dijo la reina con un gesto solemne.

— Sí, señora.

— Pensad en que me respondeis de él con la cabeza.

Gilberto hizo un signo afirmativo.

— Pensadlo: con vuestra cabeza, repitió María Antonieta con el aire y la autoridad de una reina absoluta.

— Con mi cabeza, contestó el doctor, sí, señora, y lo creeria poco si creyese que el rey corria algun riesgo. Pero ya lo he dicho, señora: á donde conduzco hoy á S. M. es á recibir una completa ovacion.

— Quiero tener noticias á cada hora, añadió la reina.

— Las tendreis, señora; os lo juro.

— Vamos, caballero, marchad ya: oigo los tambores que anuncian que el rey va á salir.

Gilberto la saludó con respeto, y al bajar por la escalera principal encontró á un ayudante de campo del rey que le buscaba de parte de S. M.

Le hizo entrar en un carruage que pertenecia á Mr. de Beauvau, el gran maestro de ceremonias, no habiéndose querido que entrase en ninguno de los coches del rey.

Gilberto se sonrió, viéndose solo en el carruage, porque Mr. de Beauvau iba á caballo al lado de la ventanilla del rey.

Despues le ocurrió la idea de que era ridículo para él ocupar un carruage con armas y corona.

Iba pensando en estos escrúpulos, cuando oyó estas pa-

labras á los guardias nacionales que rodeaban los coches

— Ese que va ahí es el príncipe de Beauvau.

— Camarada, tu te engañas, contestó otro.

— No, porque el coche lleva las armas del príncipe.

— ¡ Las armas, las armas! digo que eso no importa.

— ¿ Pues qué prueban las armas?

— Prueban que si son las armas de Beauvau las que van en el coche, debe ser Mr. de Beauvau el que va dentro.

— ¿ Es patriota Mr. de Beauvau? preguntó una muger.

— ¡ Hem! contestó el guardia nacional.

Gilberto se sonrió.

— Pues insisto, dijo uno de los que disputaban, en que no es el príncipe; el príncipe es gordo y este es delgado. El príncipe viste el uniforme de comandante de la guardia y este á vestido de negro. Es el mayordomo.

Un murmullo desagradable llegó á los oídos de Gilberto, decorado por este título poco lisonjero.

— ¡ Eh! no, diantre, dijo una voz fuerte que hizo estremecer á Gilberto, voz de un hombre que con los puños se abrió paso hasta el carruage, no es Mr. de Beauvau ni su mayordomo; es el mas famoso de todos los patriotas.

Señor Gilberto, ¿ qué diablos hace vd. en el carruage de un príncipe?

— Hola ¿ es vd., tío Billot? exclamó el doctor.

— Sí señor, yo nunca pierdo la ocasión. Respondió el colono.

— ¿ Y Pitou? preguntó Gilberto.

— No está muy lejos. ¡ Eh! Pitou, ven aquí, pasa.

Con aquella invitacion, Pitou se fué metiendo hasta donde estaba Billot para saludar á Gilberto.

— Buenos dias, señor Gilberto, dijo.

— Buenos dias, Pitou, amigo mio.

— ¡ Gilberto! ¡ Gilberto! ¿ quién es Gilberto? preguntó la multitud.

— Hé aquí lo que es la gloria, dijo para sí el doctor. Soy muy conocido en Villers-Cotterets, pero en París. ¡ Viva la popularidad!

Y bajando del carruage se agarró del brazo de Billot y continuó á pie el camino en medio de la multitud.

Contó entónces en pocas palabras á su colono su visita á Versalles y las buenas disposiciones del rey y la familia real, é hizo en pocos minutos tal propaganda realista en aquel grupo de alegres y entusiasmados valientes, que todavía estaban dispuestos para las buenas impresiones, que les hizo prorumpir en un grito de ¡ Viva el rey! grito que engrosado por las filas precedentes llegó hasta el coche de Luis XVI.

— Quiero ver al rey, dijo Billot entusiasmado, quiero verle de cerca. He hecho el viage solo por eso; quiero juzgarle por su fisonomía; un hombre de bien se conoce en la cara; acerquémonos, señor Gilberto.

— Aguarde vd.; eso nos será muy fácil, contestó Gilberto, porque veo un ayudante de Mr. Beauvau que busca á alguien hácia este lado.

En efecto, un caballero que iba con mucho cuidado por medio de aquel grupo de gentes cansadas pero alegres, trataba de arrimarse á la portezuela del coche de que se habia apeado Gilberto.

Gilberto le llamó.

— Caballero, le preguntó, ¿ busca vd. al doctor Gilberto?

— Al mismo, sí señor, respondió el ayudante de campo.

— Servidor de vd.

— Pues bien, Mr. de Beauvau llama á vd. de parte del rey.

Estas palabras hicieron levantar los ojos á Billot, y Gilberto seguido de éste y de Pitou echó á andar detras del ayudante que iba diciendo:

— Señores, en nombre del rey dejad el paso franco.

Gilberto llegó al momento á la portezuela del carruage del rey que caminaba con gran lentitud.

## CAPITULO XXXV

El viage.

De este modo y siguiendo siempre al ayudante de campo de Mr. de Beauvau, Gilberto, Billot y Pitou, llegaron por fin al lado del carruage en que el rey, acompañado de Mr. de Estaing y de Mr. de Villequier, se adelantaba lentamente por medio de la muchedumbre que iba siempre en aumento.

Espectáculo curioso, increíble y que se veía por la vez primera. Todos aquellos guardias nacionales del campo, soldados improvisados, acudian con gritos de alegría al camino por donde iba el rey, saludándole con sus bendiciones, procurando hacerle notar, y en vez de volver á su casa, tomando puesto entre la comitiva.

¿Y por quién? nadie podría decirlo, ¿obedecían al instinto? Habían ya visto y querían volver á ver á aquel rey tan querido.

Porque es preciso confesarlo; en aquella época Luis XVI era un rey adorado, á quien los franceses hubieran levantado altares sino hubiese sido por el profundo desprecio que Mr. de Voltaire habia inspirado á la Francia por los altares.

Luis XVI no los tuvo, pero fué únicamente porque los espíritus fuertes le querían demasiado en aquella época parahacerle sufrir esta humillacion.

Luis XVI divisó á Gilberto apoyado en el brazo de Billot; detrás de ellos iba Pitou arrastrando siempre su gran sable.

— ¡Hola! doctor, ¡qué buen tiempo y que buen pueblo!

— Ya lo veis, señor, respondió Gilberto.

Y despues aproximándose al rey:

— ¿Qué es lo que os habia prometido? dijo.

— Sí, caballero; y habeis cumplido dignamente vnestra palabra.

El rey levantó la cabeza y con intencion de ser oido:

— Muy despacio caminamos, dijo, pero me parece que vamos aun demasiado de prisa para lo que hay que ver hoy.

— Señor, dijo Mr. de Beauvau, debeis advertir que al paso que vamos tardaremos tres horas por legua y es difícil andar mas despacio.

En efecto, los caballos se detenian á cada momento para dar lugar á los discursos de los que iban llegando, y á las respuestas que el rey tenia que dar; los guardias nacionales *fraternizaban*, acababan de hallar la palabra, con los guardias de corps de S. M.

— ¡Ah! decia Gilberto, que como filósofo contemplaba este curioso espectáculo; si fraternizan con los guardias de corps, es porque antes de ser amigos eran enemigos.

— Decid, señor Gilberto, exclamó Billot á media voz, he mirado y he escuchado con mucha atencion al rey, y se me figura que es todo un hombre de bien.

Y el entusiasmo de Billot le hizo acentuar estas palabras de tal manera, que el rey y todo el estado mayor pudieron oirlas.

Estos últimos se echaron á reir.

El rey se sonrió tambien y despues con un movimiento de cabeza:

— Ese es, dijo, un elogio de mi agrado.

Estas palabras fueron pronunciadas en tono bastante alto para que Billot las pudiese oir.

— Teneis razon, señor, pues no lo hago de todo el mundo, replicó Billot entrando directamente en conversacion con su rey, como Michaud con Enrique IV.

— Eso me halaga mucho, dijo el rey muy apurado, no sabiendo como hacer para conservar la dignidad de rey hablando como buen patriota.

¡Ay! ¡el pobre príncipe no se hallaba aun acostumbrado á llamarse rey de los franceses!

Creia llamarse todavía rey de Francia.

Billot regocijado, no se tomó el trabajo de reflexionar si Luis XVI bajo el punto de vista filosófico, acababa de

abdicar su título de rey para tomar el de hombre. Billot que comprendía cuanto se aproximaba aquel lenguaje á la rústica honradez, Billot se daba el parabien de comprender á un rey y de ser comprendido por él.

Así es que desde aquel momento el entusiasmo de Billot fué siempre en aumento. Bebia en las facciones del rey, segun la expresion de Virgilio, un intenso amor hácia la monarquía constitucional, y solo comunicaba á Pitou, que demasiado lleno con su propio amor y con el sobrante del amor de Billot, lo esparcía á su alrededor, primero en sordas aclamaciones, y luego en gritos de:

— ¡ Viva el rey ! ¡ viva el padre del pueblo !

Y de tal modo gritó, que cuando la comitiva llegó á Point-du-jour, estaba enteramente ronco; allí Mr. de Lafayette, sobre el famoso caballo blanco, apenas podia contener á los escuadrones indisciplinados é inquietos de la guardia nacional, escalonados desde las cinco de la mañana sobre el terreno para formar le comitiva del rey.

Eran cerca de las dos.—

La entrevista del rey y del nuevo gefe de la Francia armada, tuvo lugar de una manera satisfactoria para todos los que asistieron á ella: sin embargo, el rey empezaba á fatigarse; ya no hablaba, y se contentaba con sonreír.

El general en gefe de la milicia de París, por su parte, ya no daba voces de mando, sino que gesticulaba únicamente.

El rey tuvo la satisfaccion de ver que gritaban casi tanto viva el rey, como viva Lafayette. Desgraciadamente era esta la última vez que tenia aquella satisfaccion.

Gilberto seguia siempre junto á la portezuela del carruaje del rey, Billot al lado de Gilberto, y Pitou junto á Billot.

Gilberto, fiel á su promesa, habia hallado medio, desde que salió de Versalles, para enviar cuatro correos á la reina.

Estos correos habian sido siempre portadores de buenas noticias, pues en todas partes el rey veia arrojar los som-

breros al aire; solamente que en todos ellos se veia brillar una escarapela con los colores de la nacion, especie de reconvenccion dirigida á las escarapelas blancas que los guardias del rey, y el rey mismo, llevaban en sus sombreros.

En medio de su alegría y de su entusiasmo, esta divergencia de escarapelas era lo único que disgustaba á Billot.

Billot llevaba en su tricornio una enorme escarapela tricolor.

El rey lucía una escarapela blanca en su sombrero. El súbdito y el rey tenian por lo tanto gustos diferentes.

Esta idea le ocupaba de tal manera, que la comunicó á Gilberto en un momento en que este no hablaba con S. M.

— Señor Gilberto, ¿ por qué el rey no ha adoptado la escarapela nacional ? dijo.

— Porque el rey, querido Billot, no sabe que hay una nueva escarapela, ó bien porque el rey cree que la suya debe ser la escarapela de la nacion.

— No, no, puesto que su escarapela es blanca y la nuestra tricolor.

— Un momento, dijo Gilberto deteniendo á Billot en el instante en que este iba á lanzarse abiertamente en la fraseología de los periódicos, la escarapela del rey es blanca lo mismo que la bandera de Francia, y esto no es culpa suya, pues tanto la una como la otra eran blancas antes que él viniese al mundo. Por lo demas, mi querido Billot, la bandera y la escarapela blanca han tenido dias de gloria. El bailío de Suffren llevaba una escarapela blanca en el sombrero, cuando restablecieron nuestro pabellon en la península del Indo. Assas llevaba tambien una escarapela blanca, y por ella le reconocieron los alemanes durante la noche, cuando consintió en dejarse matar antes que dejar sorprender á sus soldados. El mariscal de Sajonia llevaba una escarapela blanca cuando derrotó á los ingleses en Fontenoy. Por último, Mr. de Condé lucía una escarapela blanca cuando derrotó á los imperiales en Rocroi, Fribourg y Lens. Hé aqui lo que ha hecho la escarapela blanca, y

mucho mas que no cuento, mi querido Billot, mientras que la escarapela nacional, que dará tal vez la vuelta al mundo, segun ha predicho Lafayette, no ha tenido tiempo aun de hacer nada, pues no existe sino desde hace tres dias. No digo que permanecerá ociosa, pero, en fin, no habiendo hecho nada aun, dá al rey el derecho de esperar á que haga algo.

— ¿Pues qué la escarapela nacional no ha hecho nada? dijo Billot: ¿no es ella la que ha tomado la Bastilla?

— Sí, dijo tristemente Gilberto; teneis razon, Billot.

— Por eso, dijo en tono de triunfo el arrendador, el rey deberia adoptarla desde luego.

Gilberto dió con el codo á Billot, pues habia notado que el rey escuchaba.

Despues en voz baja:

— Estais loco, Billot, le dijo. ¿Contra quién ha sido tomada la Bastilla? Contra la monarquía. ¿Y quereis que el rey se adorne con los trofeos de vuestro triunfo y con las insignias de su derrota? ¡Insensato! el rey está lleno de buenos sentimientos, de bondad, de franqueza, y quereis hacer de él un hipócrita.

— Pero con todo, dijo Billot en tono mas humilde, pero sin confesarse derrotado, no es precisamente contra el rey como ha sido tomada la Bastilla, sino contra el despotismo.

Gilberto se encogió de hombros, pero con la delicadeza del hombre superior, que no quiere poner el pie sobre un inferior suyo, temiendo aplastarlo.

— No, continuó Billot animándose, no ha sido contra nuestro buen rey como hemos combatido, sino contra sus satélites.

En aquella época se llamaban en política satélites á los soldados, como en el teatro se dice corcel en vez de caballo.

— Por otra parte, prosiguió Billot, él los rechaza, puesto que viene entre nosotros, y si él desapruueba su conducta, claro es que aprueba la nuestra. En nombre de su gloria y de nuestra felicidad hemos obrado nosotros, los vencedores de la Bastilla.

— ¡Ay, Ay! murmuró Gilberto, que no sabia como conciliar lo que pasaba en el rostro del rey con lo que pasaba en su corazon.

En cuanto al rey, en medio de la algazara, empezaba á recoger algunas frases de la discusion empeñada á su lado.

Gilberto, que notaba la atencion que el rey prestaba á su conversacion, hacia cuanto estaba de su parte por llevar á Billot á un terreno menos resbaladizo que aquel en que se habia internado.

De repente se detuvo la comitiva, pues habian llegado al Cours-la-Reine, á la antigua puerta de la Conferencia en los Campos Eliseos.

Allí se hallaba una diputacion de electores presidida por el nuevo corregidor Bailly, dispuesta en muy buen orden con una guardia de trescientos hombres mandada por un coronel, y ademas hasta otros trescientos miembros de la Asamblea del estado llano como es de suponer.

Dos de los electores combinaban sus fuerzas y su destreza para sostener en equilibrio una bandeja en que descansaban dos enormes llaves de la ciudad de París, del tiempo de Enrique IV.

Este imponente espectáculo hizo cesar todas las conversaciones particulares, y todos se ocuparon de colocarse lo mejor posible, para oír los discursos que iban á tener lugar con este motivo.

Bailly, el sábio, el valiente astrónomo, á quien habian hecho diputado á su pesar, corregidor á su pesar y orador á su pesar, tenia preparado un largo discurso. Este discurso tenia por exordio, con arreglo á las mas estrictas leyes de la retórica, un elogio del rey desde el advenimiento al poder de Mr. Turgot hasta la toma de la Bastilla. Y poco faltó, que á tanto llega el poder de la elocuencia, para que se atribuyese al rey la iniciativa de los acontecimientos que el pueblo oprimido habia tenido que sufrir, y que habia sufrido tan á disgusto.

Bailly estaba muy satisfecho de su discurso, cuando un incidente (el mismo Bailly es el que refiere este incidente

en sus Memorias), le suministró un nuevo exordio, mucho menos pintoresco que el que tenia preparado; el único que ha quedado impreso en la memoria del pueblo, siempre dispuesto á conservar las buenas y sobre todo las bellas frases basadas en un hecho material.

Caminando en compañía de los electores, Bailly se inquietaba por el grande peso de las llaves que iban á presentar al rey.

— ¿Creéis dijo riendo, que despues de haber presentado al rey ese monumento, me cansaré en llevarlo á París?

— ¿Pues qué vais á hacer con esas llaves? preguntó un elector.

— ¿Qué haré? devolvéros las ó arrojarlas en el primer barranco que encuentre.

— ¡Guardaos de hacerlo! exclamó el elector escandalizado. ¿Ignorais que esas llaves son las mismas que la villa de París ofreció á Enrique IV, despues del sitio? Son un monumento precioso y de antigüedad venerable.

— Teneis razon, repuso Bailly; las llaves ofrecidas á Enrique IV, conquistador de París, se ofrecen hoy á Luis XVI que... Pero en fin, continuó el digno corregidor, esta es una antitesis magnífica.

Y tomando un lápiz escribió á la cabeza de su discurso el siguiente exordio.

— Señor, presento á V. M. las llaves de la buena ciudad de París. Estas son las mismas llaves que se presentaron á Enrique IV. El, habia reconquistado su pueblo, hoy el pueblo ha reconquistado á su rey.

La frase era magnífica, y se incrustó en la memoria de los parisienses: de todo el discurso, y aun de todas las obras de Bailly esto es lo único que ha sobrevivido.

En cuanto á Luis XVI, hizo una señal de aprobacion con la cabeza, pero se puso encendido como la grana, pues comprendió la epigramática ironía que se ocultaba bajo los respetuosos tropos de la oratoria.

Despues dijo para sí:

— María Antonieta no se dejaria engañar por la falsa

adhesion de Mr. de Bailly, y responderia de muy distinto modo que yo á ese tunante de astrónomo.

De aquí resultó que Luis XVI, por haber oido demasiado bien el principio del discurso de Mr. de Bailly, no quiso escuchar el fin; sucediendo otro tanto con el de Mr. Delavigne, presidente de los electores, del que no escuchó el principio ni el fin.

Con todo, despues de concluidos los discursos, el rey, temiendo sin dudo aparecer menos satisfecho de lo que era de esperar, contestó con mucho agrado y sin hacer ninguna alusion á cuanto se le habia dicho, que los homenajes de la ciudad de París y de los electores, eran muy de su gusto.

Despues de lo cual mandó el rey seguir adelante.

Pero antes de ponerse en camino, despidió á sus guardias de corps, para corresponder con una noble confianza á los saludos y felicitaciones que acababa de hacerle la municipalidad por medio de los electores y de Mr. Bailly.

Solo entónces y en medio del inmenso grupo de guardias nacionales y de curiosos, el carruige se adelantó con mas rapidez.

Gilberto y su compañero Billot, continuaban marchando junto á la portezuela del lado derecho.

En el momento en que el carruige cruzaba la plaza de Luis XV, sonó un tiro al otro lado del Sena, y una blanca nube de humo subió como un velo de incienso hácia el azulado cielo, donde se desvaneció á los pocos momentos.

Como si el ruido de aquel tiro tuviese en él un eco, Gilberto se sintió conmovido por una violenta sacudida. Por espacio de un segundo le faltó la respiracion, y llevó la mano á su pecho, donde acababa de sentir un vivo dolor.

Al mismo tiempo se oyó un grito junto al carruige real, y se vió á una muger caer en el suelo, atravesado el pecho por una bala.

Uno de los botones de la casaca de Gilberto que eran de acero, habia rechazado la bala y de aquí provino el dolor y la sacudida experimentada por el doctor.

Una parte de su chaleco negro y de su chorrera habian sido destrozadas.

Aquella bala desviada por el boton de Gilberto, acababa de causar la muerte á aquella desgraciada muger, que se apresuraron á separar de allí cubierta de sangre.

El rey habia oido el tiro, pero nada habia visto.

Y se inclinó sonriendo hácia donde estaba Gilberto.

— Sin duda, dijo, se entretienen en hacer salvas por mi llegada.

— Sí, señor, respondió Gilberto.

Unicamente se guardó muy bien de decir á Luis XVI, lo que pasaba respecto á la ovacion que le hacian.

Pero para sus adentros, no pudo menos de confesar que la reina tenia algun fundamento en temer, puesto que sin él, que ocultaba herméticamente la portezuela, aquella bala hubiera ido derecha al pecho del rey.

Ahora bien, ¿de qué mano podria salir aquel golpe tan bien dirigido?

Por entónces ne se quiso saber...., de manera que no se sabrá nunca.

Billot pálido y conmovido por lo que acababa de presenciar, y con los ojos fijos en el desgarron de la chorrera de Gilberto, animó á Pitou á que redoblase sus gritos de:

¡ Viva el padre de los franceses !

El acontecimiento era ademas de tal importancia, que aquel episodio fué olvidado muy pronto.

En fin, llegó Luis XVI delante del Hotel de Ville, despues de haber sido saludado en el Puente Nuevo por una salva de cañones,, que al menos no estaban cargados con bala.

Sobre la fachada del Hotel de Ville, se veia una inscripcion en grandes letras negras, que á la noche debian trasparentarse. Esta inscripcion era debida al ingenioso entusiasmo de la municipalidad.

Decia así :

*A Luis XVI, padre de los franceses y rey de un pueblo libre.*

Segunda antítesis algo mas importante que la del discurso de Bailly, y que hacia prorumpir en gritos de admiracion á todos los parisienses reunidos en la plaza.

Esta inscripcion llamó la atencion de Billot.

Pero como Billot no sabia leer le dijo á Pitou que se la leyera.

Despues hizo que se la volviese á leer segunda vez, como si no la hubiese entendido á la primera.

Y luego, así que Pitou repitió toda la frase, sin cambiar una sola palabra :

— ¿ Y dice eso? preguntó.

— Ni mas ni menos.

— ¿ La municipalidad ha mandado poner que el rey es rey de un pueblo libre?

— Sí, señor Billot.

— Entónces, puesto que la nacion es libre, tiene el derecho de ofrecer al rey su escarapela.

Y de un salto se colocó delante de Luis XVI que se apeaba de su carruage enfrente de la escalinata del Hotel de Ville.

— Señor, le dijo, ya habeis visto que en el Puente Nuevo, el Enrique IV de bronce lleva la escarapela nacional.

— ¿ Y qué? dijo el rey.

— Ahora bien, señor, si Enrique IV lleva la escarapela de la nacion, tambien vos podeis llevarla.

— Es verdad, dijo Luis XVI sorprendido, y si tuviese una.....

— Perfectamente; ahora, señor, prosiguió Billot levantando la voz, en nombre del pueblo os ofrezco esta para que la cambiéis por la vuestra. Aceptadla.

Bailly llegó en aquel momento.

El rey estaba demudado, pálido, pues empezaba á conocer la progresion. Miró á Bailly como para interrogarle.

— Señor, le dijo Bailly, esta es la señal distintiva de todos los franceses.

— En ese caso la acepto, dijo el rey, tomando la escarapela de manos de Billot.

Y quitándose la escarapela blanca, colocó en su lugar la escarapela tricolor.

Un prolongado hurra de triunfo resonó en toda la plaza. Gilberto se volvió profundamente conmovido.

Conocía que el pueblo iba demasiado aprisa y que el rey oponía una resistencia demasiado débil.

— ¡Viva el rey! gritó Billot, que dió de este modo la señal de una segunda salva de aplausos.

— El rey ha muerto, murmuró Gilberto; ya no hay rey en Francia.

Habían formado con mil espadas una bóveda de acero desde el punto en que Luis XVI bajó de su carruaje hasta el salón donde le esperaban.

El rey pasó por debajo de aquella bóveda y desapareció en lo interior del Hotel de Ville.

— Ese no es un arco de triunfo dijo Gilberto; son las Horcas Caudinas.

Después arrojando un suspiro, dijo:

— ¡Ah! ¡qué diría la reina!

### CAPITULO XXXVI

Lo que pasaba en Versalles mientras que el rey oía los discursos de la municipalidad.

En el Hotel de Ville fué recibido el rey con el mas grande entusiasmo, llamándole el restaurador de la libertad.

Invitado á hablar (pues la sed de discursos se hacia cada vez mas intensa, y el rey deseaba conocer el modo de pensar de cada uno) Luis XVI puso su mano sobre el corazón y tan solo dijo.

— Señores, podeis contar siempre con mi amor.

En tanto que en el Hotel de Ville oía las comunicaciones del gobierno, pues desde aquel dia hubo un verdadero gobierno constituido en Francia al lado del trono y de la Asamblea nacional, el pueblo en la parte de afuera, se familiarizaba con los hermosos caballos del rey, con su do-

rado carruaje, con los cocheros y con los lacayos de S. M.

Pitou, desde que Luis XVI entró en el Hotel de Ville, se entretenía gracias á un luis que le dió Billot, en hacer con cintas azules, blancas, y encarnadas, una colección de escarapelas nacionales de todos tamaños con que adornaba las orejas de los caballos, los arneses y todo el carruaje.

Visto lo cual por la multitud imitadora, trasformó en un momento el carruaje de S. M. en un establecimiento de escarapelas.

El cochero y el lacayo fueron tambien decorados con una infinidad de aquellas cintas.

Y además dentro del coche habían arrojado unas cuantas docenas de ellas.

No obstante; preciso es confesar que Mr. de Lafayette, que habia permanecido á caballo en medio de la plaza, habia procurado contener á aquellos celosos propagadores de los colores nacionales; pero no pudo conseguirlo.

Así es que cuando el rey salió del Hotel de Ville:

— ¡Oh! exclamó al ver toda aquella profusion de adornos.

En seguida hizo señal con la mano á Mr. de Lafayette para que se acercase.

Mr. de Lafayette se acercó respetuosamente, bajando la punta de su espada.

— Mr. de Lafayette, le dijo el rey, os buscaba con el fin de decirnos que ratifico vuestro nombramiento para el mando de los guardias nacionales.

Y volvió á subir al carruaje en medio de los aplausos de la multitud.

En cuanto á Gilberto, tranquilo ya, respecto al rey, se quedó en la sala de sesiones con los electores y con Bailly.

Las observaciones no habían terminado aun.

Sin embargo; al oír los gritos que saludaban la despedida del rey, se acercó á la ventana y dirigió una última mirada sobre la plaza, para vigilar la conducta de los dos campesinos.